

OPINIÓN

SILLÓN DE OREJAS

Vidas (no siempre) ejemplares

Por Manuel Rodríguez Rivero

1. Ilustres

Las primeras biografías que leí fueron las que publicaba la editorial mexicana Novaro en los años sesenta del siglo pasado en su inolvidable serie de tebeos. Cada quincena llegaban a los quioscos españoles sendas entregas, cada una con 36 páginas a todo color, de sus colecciones *Vidas ejemplares* y *Vidas ilustres*. La primera, dirigida por el jesuita José A. Romero, estaba consagrada a las vidas de los santos y pensada como herramienta de propaganda des-

tinada a llevar a los jóvenes al buen camino a través de la emulación. Allí fue donde leí, por ejemplo, la vida de santo Domingo Savio, a quien intenté imitar ferozmente un par de meses, a pesar de que, por las noches, y en la soledad de mi cama de adolescente, las urgencias del cuerpo me tiraban más que las del alma, y caía, como los arcángeles villanos de Milton, en el abismo de la culpa (en aquellos tiempos la masturbación todavía era pecado, no ocio). La segunda serie, *Vidas ilustres*, se ocupaba de personajes célebres en campos menos teológicos: casi todos, curiosamente, eran varones (una discriminación que se notaba menos en las series de santos). En la vida de Thomas Alva Edison me impresionó su iniciativa, cuando el inventor era todavía un niño, ideando un sistema de espejos que multiplicó la iluminación del lúgubre chiscón donde tenían que operar de urgencia a su madre: aquella mixtura de ciencia y Edipo ha pervivido mucho tiempo en mi memoria. En todo caso, de aquellas lecturas



The Beach Boys, en 1962. M. OCHS (GETTY)

antiguísimas me quedó el gusto por las biografías. Durante mucho tiempo he lamentado el escaso interés que la Universidad española, al contrario que las anglosajonas, ha demostrado por la biografía, algo que, afortunadamente, ha cambiado notablemente en los últimos años. Ahora, por ejemplo, se diría que los biógrafos y biógrafas han descubierto que también muchas mujeres han tenido "vidas ilustres", como demuestra el significativo aumento de biografías individuales (incluso en formato de cómic) o retratos de grupo femeninos. Por lo demás, los lectores aficionados a las vidas de los otros (y no me refiero precisamente a las de los protagonistas de los *realitys*) también han aumentado en los últimos tiempos, quizá como otra manifestación de lo que en algún momento he llamado "relativo cansancio de la ficción". En España se han publicado en lo que va de año, y hasta el día en que esto escribo, 881 biografías y autobiografías de todo tipo —un 2,7% de la producción total de títulos, lo que supo-

EN POCAS PALABRAS

Jesús Ferrero

"Los niños de Goya me recuerdan mi infancia"

Paranormal y realista. Así describe Jesús Ferrero (Zamora, 1952) *Las abismales*, la novela con la que acaba de ganar el Premio Café Gijón, que este otoño publicará Siruela y que culmina por ahora una carrera que empezó en 1981 con *Bélver Yin*, todo un emblema de la narrativa de los años ochenta en España.

¿Qué libro le hizo querer ser escritor? Los cuentos de Wilde. Empecé a escribir a los nueve años.

La novela con la que ha ganado el Premio Café Gijón se sitúa en el Madrid actual. ¿Cuál es el mejor rincón de esa ciudad? La Real Academia de Bellas Artes y su sala de Goya sobre los niños jugando en la calle. Me recuerda mi infancia; entonces los niños aún éramos así.

¿Y el peor? El viaducto de los suicidas. Sale dos veces en *Las abismales*.

¿Qué libro ajeno le habría gustado escribir? *El bosque de la noche*, de Djuna Barnes.

De no ser escritor, le habría gustado ser... Psiquiatra.

¿Cuál es la primera palabra que le viene a la cabeza cuando piensa ahora en *Bélver Yin*? Transgresión.

¿Qué suceso histórico admira más? La primera mujer de color que, en un autobús, decidió ocupar una plaza reservada a los blancos. Un suceso infimo que modificó la historia.

¿Cuál es la película que más veces ha visto? Una historia inmortal, de Orson Wells, basada en un cuento admirable de Karen Blixen.

Si tuviese que usar una canción o una pieza musical como autorretrato, ¿cuál sería? *No Woman, No Cry*, de Bob Marley. Me evoca mi vida errante y las mujeres admirables que me dieron su amor.

¿A quién le daría el próximo Premio Cervantes? A Roberto Bolaño, pero ya es tarde. Muchas cosas llegaron tarde para ese espíritu radiante con el que mantuve una hermosa amistad.

TRIBUNA LIBRE / MANUEL RICO

Vicente Verdú, poeta

Vicente Verdú, fallecido el pasado 21 de agosto, publicó muy poca poesía. En ese género cabe situar su primer libro, aparecido en 1971 y cuestionado por la censura; un libro atípico, hijo de la época y lindante con la psicodelia cuyo título fue inspirado por un verso de Manuel Vázquez Montalbán, *Si usted no hace regalos, le asesinarán*, y muchos años después, un breve poemario, *Poleo menta*, escrito a finales de los años sesenta pero publicado en 1990. Dos libros muy especiales, atípicos en su vasta bibliografía esencialmente ensayística, que preludiaban el perturbador *La muerte, el amor y la menta* (Bartleby, 2018).

Vista en perspectiva, la primera tentativa poética de Verdú mostraba algunos de los mimbres que, a lo largo de su trayectoria, darían cuerpo a su ingente labor en prosa: la evolución de nuestras sociedades, la iconografía de la modernidad dando sentido a los cambios vividos en el ámbito cultural por su generación. No es casual, por ello, que el verso "prestado" por Vázquez Montalbán para el título formara parte del poema "Variaciones sobre un 10% de descuento", a su vez integrado en el capítulo que cierra *Una educación sentimental* titulado "Liquidación de restos de serie". Pero esa preocupación pasaría a sus ensayos, dejando la lírica para obsesiones más íntimas: quizá por ello, en la poesía posterior de Verdú surgiría una verdad honda, radical. Una verdad que se afila y afirma en los poemas de *La muerte, el amor y la menta*.

La poesía como río subterráneo, hermanado con su muy sólida obra plástica, y como espacio de reflexión sobre las experiencias más contundentes de la vida: el amor, la muerte, la felicidad. La poesía como depuración extrema de su relación con el mundo, con los otros y, sobre todo, consigo mismo, con sus miedos, con sus gozos y con sus incertidumbres. Novísimo por edad pero (a diferencia de todos ellos) volcado sobre todo en la prosa, en el ensayo, proyectó su pasión poética en su mayor grado de intensidad en su último libro, escrito cabalgando el caballo indomable de un cáncer y tanteando las sombras que en tiempo de enfermedad extiende la muerte sobre la cotidianidad más prosaica.

Leí el manuscrito a principios de 2017 a sugerencia de la agente literaria Ángeles Martín y durante varias semanas buena parte de las imágenes que Vicente iluminaba (es un decir) me tuvieron realmente inquieto, casi conmovido. Sabía de su grave enfermedad y advertía en ellas una suerte de diálogo con la vida estableciendo algo parecido a un balance y dibujando a la vez, sin angustia y con serenidad, los contornos del abismo. El poeta tenía conciencia de estar ante su último libro: leer *La muerte, el amor y la menta* es acceder a espacios imaginarios, casi oníricos, pe-

ro profundamente arraigados en la realidad. El de la memoria, el de las sensaciones que el autor fue acumulando en relación con la felicidad en la edad de la inocencia, con el tiempo de la juventud en su contraste con el presente y con el agujero negro del futuro. El del amor, convertido en tierra de recapitulación, en lugar contradictorio, inseguro y seguro a la vez pero esencial para el verso: "El amor solo sabe de sí / al hospedarse en el otro / Pero si fuera mucho más fácil amar / nos querríamos todos como bestias". El del pensamiento y, hasta cierto punto, el de la filosofía, un hilo que recorre el libro de principio a fin. Preguntarse por la vida ("Qué cosa pasajera es"), por los límites del sueño, por las dudas que alientan en toda relación amorosa, por la belleza y su difícil concreción, por el lenguaje y sus capacidades, por el miedo, por el valor de las pequeñas cosas que definen la cotidianidad ("El deber / de atarse los zapatos cada día"), por la culpa y sus secuelas: "Me arrepiento de no haber dado más de mí", escribió Vicente.

Sin duda, los dos conceptos que acaban por determinar el clima del libro dándole una vibración existencial cargada de belleza y de fatalidad son el de la enfermedad, dominado por conceptos aprendidos en la relación con los médicos, con el hospital, con el nombre y los efectos de ciertas medicinas, y el de su derivada, la muerte. Verdú reflexiona sobre el vacío, sobre el final entrevistado en los otros ("¿Tu muerte? / Dejo de verte unos momentos y has muerto", escribe). El desconcierto ante esa posibilidad concebida como "ese raro abismo de la defunción", un pasaje al vacío casi inverosímil, en todo caso promotor de una perplejidad ilimitada.

Pocas veces la poesía actúa como medio de enfrentamiento a una experiencia límite desde su propio corazón, desde la matriz de lo vivido. Vicente Verdú, que en la presentación del libro en Madrid el pasado febrero se encargó de subrayar la importancia de la poesía en su catálogo de preocupaciones estéticas y en relación con su pintura, nos dejó con su último poemario mucho más que un ejercicio retórico: una guía para afrontar la muerte. "Que la vida iba en serio / uno lo empieza a comprender más tarde", escribió Gil de Biedma. Verdú lo supo y lo comprendió. La vida iba en serio. Por eso tal vez se apresó a interpretarla a través del poema en el momento más difícil de la existencia. Todo un poeta. Con mayúscula.

“Nos dejó con su último libro mucho más que un ejercicio retórico, nos dejó una guía para afrontar la muerte”

Manuel Rico es narrador, poeta y crítico literario. Es director de la colección de poesía de Bartleby Editores, en la que publicó *Vicente Verdú*.

ILUSTRACIÓN DE SETANTA